

Guillaume Musso

**LA VIDA SECRETA
DE LOS ESCRITORES**

Traducido del francés por Amaya García Gallego

Título original: *La vie secrète des écrivains*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Calmann Levy, 2019

© de la traducción: Amaya García Gallego, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-657-7

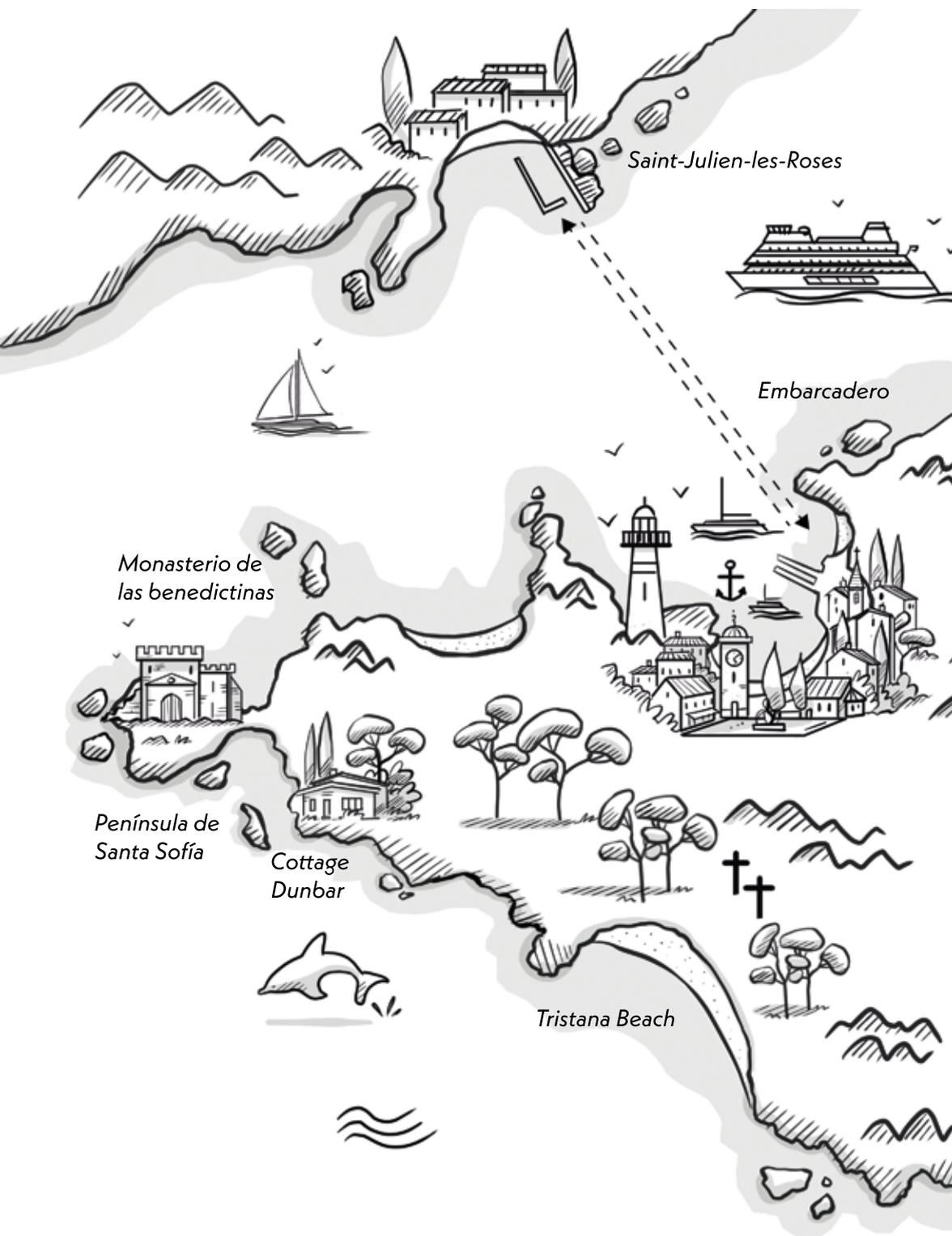
Depósito legal: M.

Printed in Spain

Para Nathan

*Para sobrevivir,
hace falta contar historias.*

Umberto Eco
La isla del día antes



Saint-Julien-les-Roses

Embarcadero

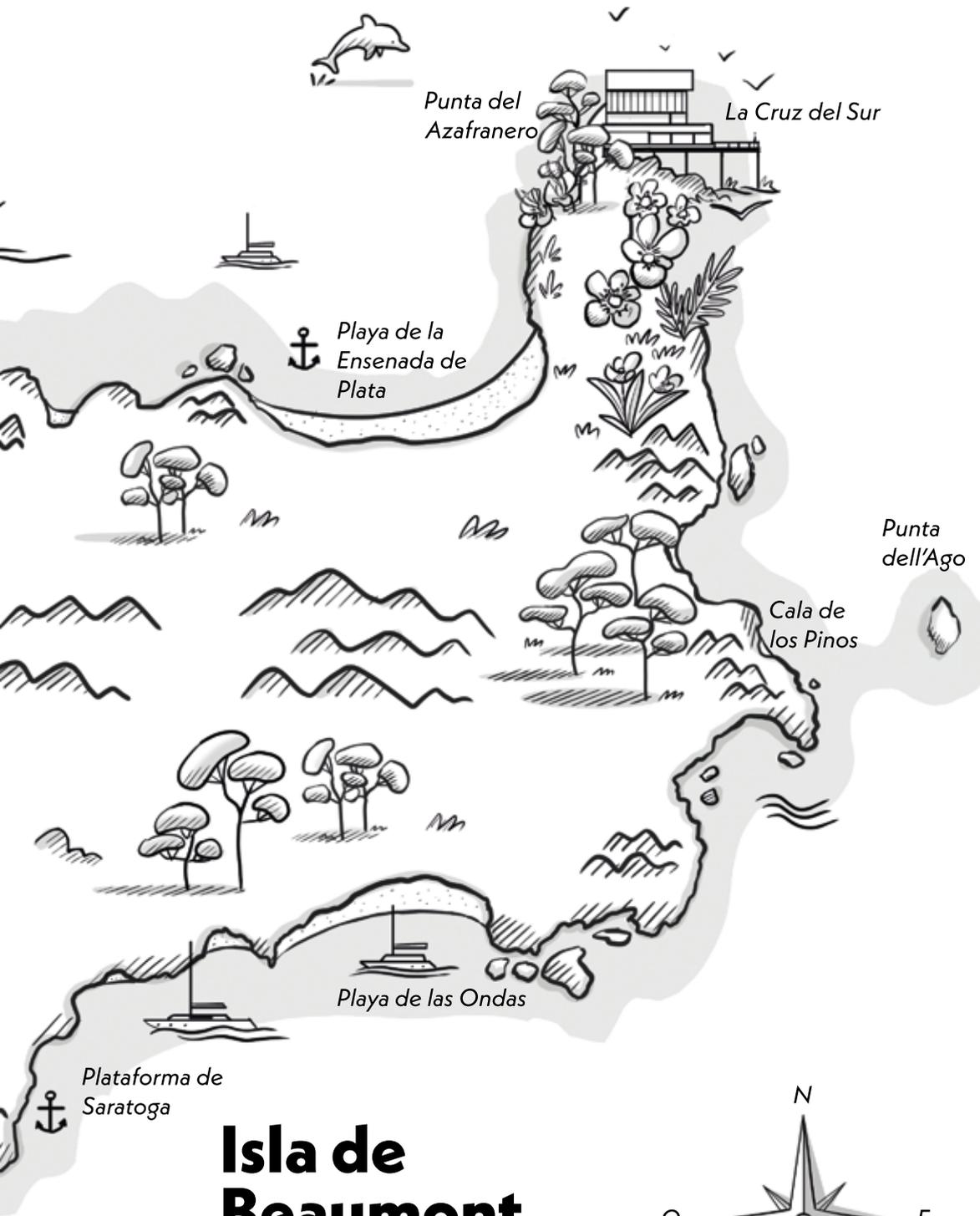
Monasterio de las benedictinas

Península de Santa Sofía

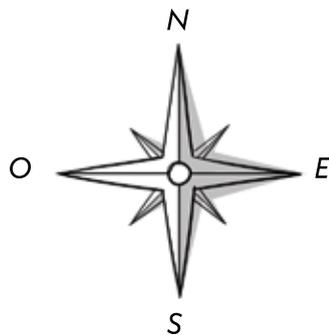
Cottage Dunbar

Tristana Beach

Mar Mediterráneo



Isla de Beaumont



Prólogo

El misterio de Nathan Fawles

(*Le Soir*, 4 de marzo de 2017)

A pesar de llevar casi veinte años ausente de la escena literaria, el autor de la mítica novela *Lorelei Strange* sigue despertando auténtica fascinación entre lectores de cualquier edad. El escritor, que se ha retirado a una isla del Mediterráneo, se niega en redondo a atender a los medios que lo requieren. Investigamos el caso del enclaustrado de la isla de Beaumont.

Se denomina «efecto Streisand»: cuanto más se intenta ocultar algo, más se atrae la curiosidad sobre aquello que se quiere esconder. Desde que se retirara repentinamente del mundo de las letras a los treinta y cinco años, Nathan Fawles es víctima de este mecanismo perverso. Rodeada de un halo de misterio, la vida del escritor francoestadounidense lleva dos décadas siendo objeto de chismorreos y rumores.

Hijo de padre estadounidense y madre francesa, Fawles nació en Nueva York en 1964, pasó la infancia en París y regresó a los Estados Unidos para terminar de estudiar, primero en la Phillips Academy y luego en la Universidad de Yale. Tras licenciarse en Derecho y en Ciencias Políticas, se consagró a las labores humanitarias y pasó varios años colaborando *in situ* con Acción contra el Hambre y Médicos Sin Fronteras, principalmente en El Salvador, Armenia y el Kurdistán.

ESCRITOR DE ÉXITO

En 1993, Nathan Fawles regresó a Nueva York y escribió su primera novela, *Lorelei Strange*, sobre la vivencia iniciática de una adolescente internada en un centro psiquiátrico. Aunque de entrada no tuvo ningún éxito, gracias al boca a oído (especialmente entre los lectores jóvenes), pasados unos meses la novela encabezaba las listas de libros más vendidos. Dos años después, con su segunda novela, *Una pequeña ciudad americana*, extensa obra coral de casi mil páginas, Fawles arrasó con el Pulitzer y se consolidó como una de las voces más originales de las letras estadounidenses.

A finales de 1997, el escritor sorprendió por última vez al mundo de la literatura. Como para entonces ya estaba afincado en París, publicó la nueva obra directamente en francés. *Los fulminados* es una historia de amor desgarradora, pero también una reflexión sobre el duelo, la vida interior y la fuerza que proporciona escribir. Fue en esta ocasión cuando el público francés lo descubrió realmente, sobre todo después de que participara en una edición especial de *Bouillon de culture*¹ con Salman Rushdie, Umberto Eco y Mario Vargas Llosa. En noviembre de 1998, volvimos a verlo en ese mismo programa en la que resultó ser su penúltima aparición en los medios. En efecto, al cabo de siete meses, con apenas treinta y cinco años, Fawles anunció, en una entrevista al desnudo con la agencia France-Presse, su irrevocable decisión de no volver a escribir.

EL ENCLAUSTRADO DE LA ISLA DE BEAUMONT

Desde ese día, el escritor se ha mantenido firme. Fawles, que actualmente reside en la casa que posee en la isla de Beaumont, no ha vuel-

¹ Programa cultural de la televisión pública francesa que se emitió entre 1991 y 2001 y cuyo presentador era Bernard Pivot (actual presidente de la Academia Goncourt), que previamente había presentado el mítico programa literario *Apostrophes*.

Bouillon de culture significa «caldo de cultivo», pero también «hervidero de cultura», ya que en francés *bouillon* y *culture* admiten las dos acepciones. (N. de la T.)

to a publicar texto alguno ni a entrevistarse con ningún periodista. Tampoco ha aceptado las propuestas de adaptar sus novelas al cine o a la televisión (hace poco volvió a dar calabazas a Netflix y a Amazon, a pesar de unas ofertas económicas, según cuentan, muy golosas).

Hace casi veinte años que el silencio ensordecedor del «enclausurado de Beaumont» es objeto constante de elucubraciones. ¿Por qué Nathan Fawles, cuando apenas tenía treinta y cinco años y estaba en la cresta de la ola, decidió retirarse del mundo voluntariamente?

«El misterio de Nathan Fawles no existe —afirma Jasper Van Wyck, su agente de toda la vida—. No hay ningún secreto que develar. Ahora Nathan está a otras cosas, eso es todo. Ha dejado atrás definitivamente la escritura y el mundo editorial.» Cuando se le pregunta por la vida cotidiana del escritor, Van Wyck se muestra evasivo: «Por lo que sé, Nathan se dedica a sus asuntos privados».

QUÉ DESCANSADA VIDA LA DEL QUE HUYE DEL MUNDANAL RUIDO

Para atajar cualquier expectativa de los lectores, el agente precisa que el autor «lleva veinte años sin escribir ni una sola línea» y no admite réplica: «Aunque a menudo se ha comparado *Lorelei Strange* con *El guardián entre el centeno*, Fawles no es Salinger: no tiene en casa una caja fuerte llena de manuscritos. La firma de Nathan Fawles no va a figurar jamás en ninguna otra novela. Ni después de muerto. Con absoluta certeza». Esta advertencia nunca ha desalentado a los más curiosos para seguir indagando. A lo largo de los años, muchos lectores y varios periodistas han hecho el periplo hasta la isla de Beaumont para merodear por la casa de Fawles. Siempre se la han encontrado cerrada a cal y canto. Los vecinos de la isla parecen ser presa de la misma desconfianza, lo cual no es de extrañar en una población que, incluso antes de que se mudara allí el escritor, había adoptado como lema los conocidos versos «Qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido». El secretario del alcalde solo añade que «el Ayuntamiento no ofrece información

sobre la identidad de los residentes, ya sean ilustres o no». Muy pocos isleños acceden a hablar del escritor. Los que se prestan a contestarnos trivializan la presencia del autor de *Lorelei Strange* por esas tierras. «Nathan Fawles no vive recluso en su casa ni ensimismado —asegura Yvonne Sicard, casada con el único médico de la isla—. Nos lo encontramos muchas veces en su Mini Moke cuando vuelve de hacer la compra en el Ed's Corner, que es el único supermercado del pueblo.» También va muy a menudo a la taberna de la isla, «sobre todo cuando retransmiten los partidos del Olympique de Marsella», aclara el dueño del local. Uno de los parroquianos habituales apunta que «Nathan no es ese salvaje que describen a veces los periodistas; es un tío bastante majo que sabe un montón de fútbol y al que le gusta el whisky japonés». Solo hay un tema de conversación que lo pone de los nervios: «Si intentas sacar a relucir sus libros o la literatura, se acabará marchando del local».

UN VACÍO EN LA LITERATURA

Entre sus colegas escritores se cuentan muchos incondicionales de Fawles. Por ejemplo, Tom Boyd, que le profesa una admiración sin límites. «Le debo algunas de las emociones hermosas que he sentido leyendo y es parte integrante de los escritores con los que estoy en deuda», asegura el autor de *La trilogía de los ángeles*. Otro tanto sucede con Thomas Degalais, que opina que Fawles ha construido, con tres libros muy distintos, una obra original que ha hecho época. «Claro que lamento que se haya retirado de la escena literaria, como todo el mundo —declara el novelista francés—. Se echa en falta su voz en estos tiempos. Me gustaría que Nathan volviera a saltar a la palestra con una nueva novela, pero no creo que llegue a hacerlo nunca.»

En efecto, es una posibilidad, pero no olvidemos que la cita que encabeza la última novela de Fawles es esta frase de *El rey Lear*: «Son los astros, los astros en lo alto rigen nuestros designios».

Jean-Michel Dubois

El escritor que había dejado
de escribir

Editorial Calmann-Lévy
Calle de Montparnasse, 21
75006, París

N.º de identificación: 379529

Sr. Raphaël Bataille
Avenida de Aristide-Briand, 75
92120, Montrouge

París, 28 de mayo de 2018

Estimado señor:

Acusamos recibo del manuscrito titulado *La timidez de las cúspides* y le agradecemos la confianza que ha depositado en nuestra editorial.

Nuestro comité de lectura ha examinado detenidamente su manuscrito, pero, por desgracia, no encaja con el tipo de obras que nos interesan en la actualidad.

Esperamos que encuentre pronto un editor para este texto.
Atentamente,

La secretaría editorial

P. D.: Su manuscrito permanecerá en nuestras oficinas durante un mes para que pueda disponer de él. Si desea que se lo devolvamos por correo, sírvase enviarnos un sobre franqueado.

1

La primera virtud de un escritor

*La primera virtud de un escritor
es tener buenas nalgas.*

Dany LAFERRIÈRE

Martes, 11 de septiembre de 2018

1.

Las velas restallaban al viento bajo un cielo resplandeciente.

El velerito había zarpado de la costa de Var poco antes de la una de la tarde y ahora se deslizaba a una velocidad de cinco nudos rumbo a la isla de Beaumont. Sentado cerca del timón junto al capitán, me embriagaba con las promesas que traía la brisa marina, entregado en cuerpo y alma a la contemplación de la limadura dorada que refulgía sobre el Mediterráneo.

Esa misma mañana me había marchado del estudio donde vivía en París para pasar seis horas en el TGV que me llevaría a Aviñón. Desde la ciudad papal fui en autobús hasta Hyères y desde allí en taxi hasta el puertecito de Saint-Julien-les-Roses, el único embarcadero del que zarpaban los ferris hacia la

isla de Beaumont. Por culpa de uno de los innumerables retrasos de la SNCF, perdí por cinco minutos la única lanzadera que zarpaba a mediodía. De modo que estaba deambulando por el muelle con la maleta a rastras cuando el capitán patrón de un velero neerlandés que estaba a punto de zarpar hacia la isla para recoger a unos clientes se ofreció amablemente a llevarme.

Yo acababa de cumplir veinticuatro años y estaba viviendo un momento complicado. Hacía dos años que me había licenciado en una escuela de negocios parisina, pero no había buscado trabajo en ese ramo. Solo había estudiado esa carrera para contentar a mis padres y no quería que mi vida la marcaran la gestión, el márketing ni las finanzas. Había pasado estos dos últimos años haciendo malabares con varios curros de poca monta para pagar el alquiler, pero toda mi energía creativa la había dedicado a escribir una novela, *La timidez de las cúspides*, que varias editoriales acababan de rechazar. Fui clavando todas las cartas de rechazo en el tablón de encima del escritorio. Cada vez que hundía un alfiler en la superficie de corcho, era como clavármelo en el corazón, pues sentía un abatimiento proporcional a mi pasión por escribir.

Afortunadamente, el bajón nunca me duraba mucho. Hasta ahora había logrado convencerme de que esos fracasos eran el preludio del éxito. Para creérmelo, me aferraba a ejemplos ilustres. Stephen King contaba a menudo que treinta editoriales le rechazaron *Carrie*. A la mitad de los editores londinenses les pareció que el primer tomo de *Harry Potter* era «demasiado largo para los niños». Antes de que *Dune* se convirtiera en la novela de ciencia ficción más vendida del mundo, a Frank Herbert se la devolvieron unas veinte veces. Y parece ser que, por su parte, Francis Scott Fitzgerald había forrado las paredes de su despacho con las ciento veintidós

cartas de rechazo de las revistas a las que había ofrecido sus relatos.

2.

Pero esa técnica de autosugestión empezaba a resultar insuficiente. A pesar de toda la voluntad que le ponía, me costaba ponerme a escribir de nuevo. Lo que me paralizaba no era el síndrome de la página en blanco ni la falta de ideas. Era la perniciosa sensación de no avanzar en mis escritos. La sensación de haber perdido el rumbo. A mi trabajo le habría venido bien una mirada nueva. Una presencia bienhechora y sin concesiones. A principios de año me apunté a un curso de *creative writing* que organizaba una prestigiosa editorial. Había puesto muchas esperanzas en ese seminario de escritura, pero no tardé en desilusionarme. El escritor que lo impartía (Bernard Dufy, un escritor que había conocido su momento de gloria en la década de 1990) se presentaba como «un orfebre del estilo», según sus propias palabras. «Hay que concentrar todo el esfuerzo en *la lengua*, no en la historia. El relato solo existe para estar al servicio de *la lengua*. Un libro no puede tener más objetivo que ir en pos de la forma, el ritmo y la armonía. Ahí es donde reside la única originalidad posible, porque, desde Shakespeare, ya no quedan historias que contar.»

Los mil euros que había pagado por aquella lección de escritura (en tres sesiones de cuatro horas) me habían dejado tan irritado como arruinado. Puede que Dufy tuviera razón, pero, personalmente, yo opinaba todo lo contrario: el estilo no era un fin en sí mismo. La primera virtud de un escritor es saber cautivar al lector con una buena historia; un relato capaz de arrancarlo de su existencia para arrojarlo al meollo de la intimidad y de la verdad de los personajes. El estilo solo era el medio de inervar la narración y de volverla emocionante. En el

fondo, la opinión de un escritor académico como Dufy me servía de bien poco. La única opinión que me hubiera gustado que me dieran, la única que yo habría valorado, era la de mi ídolo de toda la vida: Nathan Fawles, mi escritor favorito.

Descubrí sus libros al final de la adolescencia, en un momento en el que hacía ya mucho tiempo que Fawles había dejado de escribir. Su tercera novela, *Los fulminados*, fue el regalo de despedida que me hizo Diane Laborie, mi novia de segundo de bachillerato. Me conmocionó más la novela que el haber perdido un amor que en realidad no era tal. Enlacé con sus dos primeros libros: *Lorelei Strange* y *Una pequeña ciudad americana*. Desde entonces, no he vuelto a leer nada tan estimulante.

Con esa forma de escribir única, me parecía que Fawles se dirigía directamente a mí. Sus novelas tenían vida, eran fluidas e intensas. Aunque no soy admirador de nadie, me había leído y releído sus libros porque me hablaban de mí, de mi relación con los demás, de lo difícil que me resultaba gobernar mi vida, de lo vulnerables que son los hombres y de lo frágil que es nuestra existencia. Me daban fuerzas y multiplicaban mis ganas de escribir.

En los años posteriores a su retirada, otros escritores habían intentado amoldarse a su estilo, absorber su universo, calcar su forma de construir el relato o imitar su sensibilidad. Pero, para mí, nadie le llegaba ni a la suela de los zapatos. Solo había un Nathan Fawles. Tanto si gustaba como si no, había que reconocer que se trataba de un escritor singular. Incluso a ciegas, bastaba con leer por encima cualquier página de alguno de sus libros para saber que la había escrito él. Y siempre he creído que eso es lo que realmente denota el talento.

Yo también había diseccionado sus novelas tratando de penetrar sus secretos y luego había alimentado la ambición de entrar en contacto con él. Aunque sin albergar esperanza

alguna de que me contestara, le había escrito varias veces a través de su editorial francesa y de su agente estadounidense. También le había enviado mi manuscrito.

Hasta que hace diez días descubrí una oferta de empleo en el boletín de noticias que publicaba la página web oficial de la isla de Beaumont. La Rosa Escarlata, una librería pequeña que había en la isla, buscaba un empleado. Solicité el puesto enviándole directamente un correo electrónico al librero y, ese mismo día, Grégoire Audibert, el dueño de la librería, me llamó por FaceTime para comunicarme que aceptaba mi solicitud. El empleo tenía una duración de tres meses. El sueldo no era para tirar cohetes, pero Audibert se hacía cargo del alojamiento y de dos comidas en el Teo Café, uno de los restaurantes de la plaza del pueblo.

Yo estaba encantado de haber conseguido ese trabajo, pues, según lo que había entendido de lo que me había contado el librero, me dejaría tiempo para escribir en un entorno inspirador y, estaba convencido, me brindaría la ocasión de coincidir con Nathan Fawles.

3.

El patrón hizo una maniobra que redujo la velocidad del velero.

—¡Tierra a la vista! —gritó, señalando con la barbilla la silueta de la isla que se recortaba en el horizonte.

La isla de Beaumont, que se encontraba a tres cuartos de hora navegando de la costa de Var, tenía forma de cruasán. Un arco de cincuenta kilómetros de largo por seis de ancho. Siempre la presentaban como un remanso salvaje y resguardado; una de las perlas del Mediterráneo, donde se sucedían ensenadas de aguas cristalinas, calas, pinares y playas de arena fina. Una Costa Azul eterna, sin turistas, contaminación ni cemento.

En los diez últimos días había tenido tiempo para revisar toda la documentación que había encontrado sobre la isla. Desde 1955, Beaumont pertenecía a una discreta familia de empresarios italianos, los Gallinari, que, a principios de la década de 1960, invirtieron una barbaridad de dinero en acondicionarla: realizaron grandes obras para canalizar el agua y allanar el terreno y crearon *ex nihilo* uno de los primeros puertos deportivos de la costa.

Con el paso de los años, el desarrollo de la isla fue siguiendo una línea clara: no sacrificar nunca el bienestar de la población en aras de una supuesta modernidad. Y para los isleños, las amenazas tenían dos rostros perfectamente identificados: la especulación y el turismo.

Para limitar la edificación, el Consejo Municipal de la isla había adoptado una norma sencilla consistente en congelar el número total de contadores de agua, una estrategia copiada de Bolinas, un pueblecito de California que llevaba usándola mucho tiempo. El resultado fue que, desde hacía treinta años, la población rondaba las mil quinientas almas. En Beaumont tampoco había ninguna agencia inmobiliaria: parte de los bienes se transmitía de una familia a otra y el resto, mediante cooptación. En lo que al turismo se refiere, lo mantenían a raya gracias a un estricto control de los enlaces con el continente. Tanto en temporada alta como en pleno invierno, una sola lanzadera (el famoso *Temerario*, denominado exageradamente «el ferri») hacía tres trayectos de ida y vuelta diarios, ni uno más: a las 8:00, a las 12:30 y a las 19:00; desde el embarcadero de Beaumont hasta el de Saint-Julien-les-Roses. Todo se realizaba a la antigua usanza: sin reserva previa y dando siempre prioridad a los residentes.

Para ser exactos, no es que Beaumont se mostrara hostil a la llegada de turistas, sencillamente, no estaba preparada para recibirlos. En la isla había en total tres cafés, dos restau-

rantes y una taberna. No había ningún hotel y los vecinos que alquilaban habitaciones eran muy escasos. Pero cuanto más desalentaban a la gente de que fuera, más misterioso y codiciado resultaba el lugar. Además de los vecinos que vivían allí todo el año, había residentes adinerados que tenían en la isla su segunda vivienda. A lo largo de varios decenios, aquel entorno elegante, bucólico y sereno había entusiasmado a empresarios y a algunos artistas. El presidente de una empresa de alta tecnología y dos o tres potentados de la industria vitícola habían logrado comprar una villa. Pero fuera cual fuera el grado de notoriedad o riqueza, nadie hacía por destacar. La comunidad no era reacia a que se integrasen nuevos miembros, a condición de que estos aceptaran los valores que desde siempre habían regido el alma de Beaumont. De hecho, los recién llegados a menudo eran los más ariscos defendiendo la isla que los había adoptado. Esa confraternización era objeto de crítica e incluso exasperaba a los excluidos. A principios de la década de 1980, el Gobierno socialista tuvo la veleidad de comprar Beaumont (según la versión oficial, para catalogar la isla como emplazamiento singular, aunque en realidad era para acabar con su estatus excepcional). Provocó una resistencia tan masiva que el Gobierno tuvo que batirse en retirada. Entonces la Administración se resignó: la isla de Beaumont era un sitio particular. Y era un hecho que, a unos cables de distancia de la costa de Var, existía un reducido paraíso rodeado de aguas cristalinas, un pedacito de Francia que no acababa de ser Francia.

4.

Después de desembarcar, fui arrastrando la maleta por los adoquines del muelle. Aunque el puerto deportivo no era muy grande, estaba bien acondicionado y era un lugar concurrido y con encanto. El pueblo se desplegaba en torno a la

bahía de forma parecida a un anfiteatro: con estratos de casas coloridas que resplandecían bajo el sol metálico. Tenían un destello y una disposición que me recordaban a las de Hydra, una isla griega donde había estado de adolescente con mis padres, pero al cabo de un rato, mientras deambulaba por las calles angostas y empinadas, resultó que estaba en la Italia de la década de 1960. Y después, desde lo alto, al ver por primera vez las playas con sus dunas blancas, me vinieron a la cabeza las extensiones arenosas de Massachusetts. Durante ese primer contacto con la isla (mientras las ruedecitas de mi maleta resonaban en el adoquinado de las vías que conducían al centro), comprendí que la singularidad y la magia de Beaumont residían, precisamente, en esa amalgama inaprensible. Beaumont era un lugar camaleónico, un sitio único e inclasificable que resultaba vano tratar de analizar o explicar.

No tardé en llegar a la plaza mayor. En este caso, por su aire de pueblo provenzal, parecía sacada de una novela de Jean Giono. La plaza de los Mártires era el centro neurálgico de Beaumont: una umbrosa explanada que delimitaban la torre con reloj, el monumento a los caídos, la fuente cantarina y la pista de petanca.

Bajo los emparrados, pared por medio, se encontraban los dos restaurantes de la isla: Un Mohíno Infierno y el Teo Café. En la terraza de este último, reconocí el físico enjuto de Grégoire Audibert, que estaba terminándose unas alcachofas tempranas aliñadas. Tenía cierta pinta de maestro a la antigua: perilla canosa, chalequito y chaqueta larga de lino arrugado.

El librero me reconoció a su vez y, muy caballeroso, me ofreció que me sentara a su mesa y me invitó a una gaseosa, como si tuviera doce años.

—Prefiero avisarlo desde ya: voy a cerrar la librería cuando acabe el año —me comunicó de buenas a primeras.

—¿Y eso?

—Por eso estoy buscando un empleado: para ordenar, llevar un poco la contabilidad y hacer a fondo el último inventario.

—¿Va a echar el cierre?

Asintió con la cabeza mientras rebañaba con el pan el aceite de oliva que le quedaba.

—Pero ¿por qué?

—Ya no puedo mantenerla. Las ventas no han parado de bajar desde hace años y no van a mejorar. Ya sabe, lo mismo de siempre: las autoridades dejan prosperar tranquilamente a los gigantes de internet que no pagan impuestos en Francia.

El librero suspiró, se quedó pensativo unos segundos y añadió, entre fatalista y provocador:

—Y, además, hay que ser realista: ¿por qué molestarse en ir a una librería cuando haciendo un par de clics en el iPhone te traen el libro a casa?

—¿Por muchas razones! ¿No ha intentado traspasarla?

Audibert se encogió de hombros.

—No le interesa a nadie. Hoy en día, nada es menos rentable que un libro. Mi librería no es la primera que cierra ni va a ser la última.

Se sirvió el vino que quedaba en el jarro y vació la copa de un trago.

—Le voy a enseñar La Rosa Escarlata —dijo doblando la servilleta y poniéndose de pie.

Lo seguí a través de la plaza hasta la librería. En un escaparate de lo más tristón había expuestos unos libros que debían de llevar meses ahí cogiendo polvo. Audibert empujó la puerta y se echó a un lado para dejarme pasar.

El interior de la tienda era igual de siniestro. Las cortinas impedían que la luz penetrase en el local. Las estanterías de nogal no carecían de prestancia, pero solo albergaban títulos

muy clásicos, espinosos, casi esnobs. La cultura en su faceta más académica. Con lo que empezaba a calar del personaje, por un instante me imaginé a Audibert sufriendo un infarto por obligarlo a vender ciencia ficción, fantasía o manga.

—Le voy a enseñar su cuarto —dijo señalando una escalera de madera al fondo del local.

La vivienda del librero estaba situada en el primer piso. Mi alojamiento se encontraba en el segundo: un estudio abuhardillado, largo y estrecho. Al abrir las puertas acristaladas chirriantes, me sorprendió gratamente descubrir un balcón que daba a la plaza. Las espectaculares vistas que abarcaban hasta el mar me levantaron un poco el ánimo. Un laberinto de callejuelas serpenteaba entre los edificios color ocre de piedra envejecida antes de alcanzar la costa.

Después de colocar mis cosas, bajé a la librería, donde me esperaba Audibert para establecer lo que esperaba de mí.

—La wifi funciona regular —me previno mientras encendía un ordenador viejo—. A menudo hay que reiniciar el rúter, que está en el primer piso.

En lo que el ordenador se espabilaba, el librero enchufó un hornillo y llenó el embudo de una cafetera italiana.

—¿Un café?

—Con mucho gusto.

Mientras él preparaba las dos tazas, yo me puse a curiosear por la librería. En un panel de corcho colgado detrás del escritorio había pinchado portadas antiguas de *Livres Hebdo* que databan de cuando Romain Gary todavía escribía en la revista (no exagero...). Me daban ganas de abrir las cortinas de par en par, de quitar las alfombras púrpura raídas y de reorganizar de arriba abajo los estantes y los expositores de libros.

Como si me estuviera leyendo el pensamiento, Audibert tomó la palabra:

—La Rosa Escarlata existe desde 1967. Aunque ahora no tiene muy buena pinta, en su día fue toda una institución. Aquí vinieron muchos escritores franceses y extranjeros a dar charlas y firmar libros.

De un cajón sacó un libro de visitas encuadernado en piel y me lo alargó, animándome a que lo hojeara. Al mirar las fotografías al azar, reconocí, en efecto, a Michel Tournier, J. M. G. Le Clézio, Françoise Sagan, Jean d’Ormesson, John Irving, John Le Carré y... Nathan Fawles.

—¿En serio va a cerrar la librería?

—Y no lo siento —aseguró—. La gente ya no lee. Es lo que hay.

—Puede que la gente lea de forma distinta, pero sigue leyendo —maticé yo.

Audibert apagó el fuego para que la cafetera dejara de pitar.

—Bueno, ya sabe usted a lo que me refiero. No le estoy hablando de entretenimiento, le estoy hablando de la literatura *de verdad*.

«Acabáramos, la famosa “literatura de verdad”...» Con personas como Audibert, esa expresión (o la de «escritor de verdad») siempre acababa saliendo a colación. Pero resulta que yo nunca había dejado que nadie me dijera lo que debía leer y lo que no. Y esa forma de erigirse en juez para decidir qué se podía considerar literatura o no me parecía pretenciosa a más no poder.

—¿Conoce a muchos lectores de verdad en su entorno? —Se fue animando el librero—. Me refiero a lectores inteligentes que dediquen un tiempo considerable a leer libros serios.

Sin ni siquiera esperar a que le contestase, siguió exaltándose:

—Entre usted y yo, ¿cuántos lectores de verdad quedan en Francia? ¿Diez mil? ¿Cinco mil? Puede que menos.

—Lo veo muy pesimista.

—¡No, qué va! Hay que hacerse a la idea: estamos entrando en un desierto literario. Hoy en día todo el mundo quiere ser escritor, pero ya nadie lee.

Para salir de esa conversación, le señalé la foto de Fawles que estaba pegada en el álbum.

—¿Conoce a Nathan Fawles?

Audibert frunció el ceño con expresión recelosa.

—Un poco. En fin, suponiendo que se pueda conocer a Nathan Fawles...

Me sirvió una taza de café que tenía el color y la consistencia de la tinta.

—Cuando Fawles vino aquí a firmar su libro, por 1995 o 1996, fue la primera vez que pisó la isla. Se enamoró de ella al instante. De hecho, fui yo quien lo ayudó a comprar su casa, La Cruz del Sur. Pero luego dejamos de tratarnos casi por completo.

—¿Sigue viniendo a la librería alguna vez?

—No, nunca.

—Si voy a verlo, ¿cree usted que me dedicaría un libro?

Audibert sacudió la cabeza, suspirando:

—Hágame caso y quíteselo de la cabeza: es la mejor forma de que le peguen un escopetazo.